

## GONZALO, DE REPENTE.

Conferencia de apertura del “Encuentro Internacional de Escritores”, Feria del Libro del Biobío (FILB), Universidad de Concepción, 11 de enero de 2022

ANA PIZARRO

EL “TOUT A COUP” tan caro a Vicente Huidobro llega prístino en su juego de inmediatez a Gonzalo Rojas, traducido en la expresión mágica “De repente”, que este verbaliza con placer. De repente: aquello que sucede y nos asalta, nos sorprende, nos trastoca, nos arrebatada del tiempo instalado. De repente: “De repente estamos aquí, de repente no estamos”. Ahí está el trayecto de la vida para Gonzalo, la travesía entre nacimiento y muerte, ya que no somos sino un girón de luz, arrancado al vacío. Así, sin drama, porque “la fiesta de nacer es una sola, y lo ser es lo sido”. Así aparece en su pensamiento el tono heiddegeriano y sartreano, que le fueron tan cercanos.

La poesía de Rojas tiene una hermandad con la plástica, con aquellos artistas visuales que propusieron en América Latina mirar con ojos nuevos. Los movimientos europeos les entregaron herramientas que no calzaban con la heterogénea materialidad nuestra. Ellos las utilizaron para ver con una lente diferente y de allí surgieron nuevas realidades. Ahí están las creaciones de Lam, Matta, Tamayo, Berni. Es el tipo de operación estética perceptible en su poesía: sin estridencias experimentales, ligada a un territorio y una historia concretos superados en su materialidad a partir de la palabra como gesto genésico.

Esta palabra habla entonces ella misma desde la materia natural, bruta, en un impulso que busca el fundamento. De allí la naturaleza epistémica de su expresión:

Cuando abro en los objetos la puerta de mi mismo:  
¿quién me roba la sangre, lo mío, lo real?  
¿quién me arroja al vacío  
cuando respiro? ¿Quién  
es mi verdugo adentro de mí mismo?  
(“El principio y el fin”, frg.)

Hay en esta poseía una forma de mirar que se expresa en líneas recurrentes: un solo poema, dice él.

La palabra erótica, que desarrolla a lo largo de toda su poesía y remite permanentemente a Ovidio en una convivencia con los elementos de su propia actualidad: en un momento es el “Fax sobre el asombro” o la carta que escribe a Huidobro con motivo de sus cien años, el rock, en otro, la computación, pasando por Baudelaire, Pound o Rimbaud, pero también en la andadura ubicua de versos que van de Pekín a Chillán de Chile, del Támesis a Caracas o Buenos Aires. Contracción de un tiempo-espacio poético de raigambre propia.

Una línea política en ella tiene que ver con sus experiencias de juventud donde la puesta en evidencia de la inequidad es una presencia que toma diferentes rostros: postura en torno a su presente, una opción, la de los años 60 y 70 en Chile y América Latina en donde emergen textos mayores, como el relativo a la muerte del Che o “Cifrado en octubre”, a la de Miguel Enríquez. Poesía no militante, desde luego lejos del panfleto, pero poesía de carácter político en grandeza.

Línea que une memoria y futuro, poeta-profeta, la del vidente, entonces, sus vaticinios para el siglo XXI:

Hasta donde alcanzamos a ver Jesucristo no vendrá  
en la fecha, pájaros  
de aluminio invisible reemplazarán a los aviones, ya al cierre  
del XXI prevalecerá lo instantáneo, no seremos  
testigos de la mudanza, dormiremos  
progenitores en el polvo con nuestras madres  
que nos hicieron mortales, desde allí  
celebraremos el proyecto de durar, parar el sol,  
ser –como los divinos– de repente.  
(“Carta a Huidobro”, frg.)

Experiencia mayor esta, de leerlo, que nos vincula con lo sagrado y lo demoníaco, que nos interroga sobre el origen y el futuro, sobre la inmanen-

cia y el movimiento, sobre el trayecto y el instante. Experiencia mayor, así, de repente.

Gonzalo Rojas fue mi maestro en la Universidad de Concepción en los gloriosos años sesenta. Digo gloriosos, que lo fueron a nivel internacional, pero también por lo que estaba sucediendo en esta Universidad del sur de Chile. Fue un momento de gloria de la extensión universitaria dirigida entonces por él mismo. Organizó los primeros encuentros latinoamericanos de escritores y nosotros, jóvenes de una provincia del sur del mundo, experimentábamos la sensación de participar en la gran discusión cultural del continente en un momento privilegiado: estaban allí Sábato, Carpentier, Carlos Fuentes, que llegaban al país directo a Concepción. Habían estado Marta Traba, Angel Rama, habíamos experimentado la magia de Nicolás Guillén. Aquellos días fueron definitivos para quienes los vivimos. Estábamos tranquilos en nuestra vida parroquial y, de repente, Gonzalo nos sacó de la provincia y nos hizo sentir en el universo. Nos leyó a los griegos, nos lanzó frases en latín que nos dejaban perplejos y sumidos en la sensación de vivir en una esfera distinta, numinosa. Nos entregó duros conceptos en alemán, “weltanschauung”, “zeitgeist” –le gustaba pronunciarlo porque admiraba el idioma–, y nos dijo que siempre había que compararse con los montes. En ese momento de juventud fue un impulso fundamental, la humildad tuve que aprenderla después.

Creo que con él descubrí la sensación de pertenecer a un espacio mayor que el del Bío Bío, ese río sigiloso que tanto amamos. Así lo llamaron los indígenas –me dijo– por el ruido que hace el viento de las tardes sobre la superficie del agua– uiiiiio uiiiiio. No conozco la etimología, pero *si non e vero e bema trovato*. Para él poesía y vida eran una sola cosa y uno lo aceptaba.

Maestro en esta Universidad, fue mi colega en el exilio adonde nos llevó la dictadura. Fuimos ambos, como tantos otros, separados con violencia de la Universidad en los tiempos oscuros del golpe militar, el 73. Algunos pudimos reponernos, con dolor y resiliencia, como los árboles, gracias a la formación y experiencia que esta misma universidad, que había sido de excelencia, nos había dado. Así como algunos enmudecieron, otros triunfaron esparcidos por el mundo. Necesito nombrar algunos: Jaime Concha, una eminencia en los Estados Unidos; Gerardo Álvarez, de trayectoria internacional desde Canadá; Gonzalo Rojas a nivel de poeta mayor del continente, recibido y festejado en tantos países del mundo. Algunos volvieron, otros no, siempre dilacerados entre el acomodo ya cálido de otros espacios

y el sabor amargo del período oscuro de nuestro siglo XX nacional en su herida abierta. Entre todos ellos estoy yo misma.

Gonzalo Rojas fue, en el retorno a Chile, mi amigo-maestro en una amistad respetuosa y siempre enriquecedora. No puedo leer su poesía sino en el marco de este apunte biográfico porque necesariamente ella me está remitiendo a estos espacios de lo vivido.

¿Cómo ubicar a Gonzalo Rojas en el ámbito de la poesía chilena y latinoamericana? Necesariamente en la línea de las voces que marcaron la historia de este género en Chile: Neruda, Mistral, Huidobro. Rojas pertenece a la generación siguiente y si hay líneas de continuidad, estas tienen que ver con Huidobro y Mistral. Su poesía, lo hemos dicho, establece esta permanencia: con Huidobro, la superación de la vanguardia experimental; con Mistral, la relación con lo tectónico; con ambos la exploración de las posibilidades del lenguaje. Es él mismo quien lo dice: el movimiento Mandrágora –una versión del surrealismo en Chile– le parece muy “literatoso” y huye de él, sin embargo, empapado de la libertad del lenguaje que es herencia de las vanguardias. Así se sumerge en el mundo de las minas de cobre del norte de Chile, en el lenguaje popular de los obreros, que ya conocía en el carbón... Viniendo del sur, imbuído por el trabajo de su padre en las minas, se instala en su visión de mundo una vinculación profunda con lo tectónico, con aquello que es lo propio de este país de cordilleras, con la piedra, la materia mineral, con “lo más genital de lo terrestre” de que habla Neruda. Pero no es Neruda su referente a pesar del impacto que este tiene en las generaciones siguientes, hasta avanzado el siglo XX. Sus referentes son Huidobro y Mistral en Chile, los poetas y pensadores griegos, Ovidio; ¿cómo no!, Pound, Hölderlin, Apollinaire, Aragon, Vallejo, entre otros.

Siento haber compartido muchas cosas con Gonzalo Rojas. Algunas que él me transmitió, seguramente en la adolescencia universitaria de este barrio, que los jóvenes de entonces vivíamos con intensidad, más allá de las salas de clase, en lo bajo del Campanil, o a orillas de la laguna, junto con la erudición de Juan Loveluck o la imaginación loca de Alfredo Lefebvre. Otras que fui aprendiendo en la existencia errante que nos tocó a ambos, en el desconsuelo y el descubrimiento que significa el exilio, en la que a veces por azar coincidimos: París, Caracas, Santiago.

Es que él fue siempre joven, hasta el final, “viejoven”, decía. Cuando celebramos el nacimiento de Huidobro en la Fundación que yo dirigía, en Santiago, escribió: “Qué extraño, que el poeta más joven que nos haya nacido, esté cumpliendo cien años”. Hoy podríamos tal vez decirlo de él mismo. Es que vio siempre en la juventud un potencial inaudito: nos escuchaba,

los escuchaba y los admiraba. Tanto a ese grupo de jóvenes que sentaban las bases de la discusión sobre la cultura de Chile y de América en el siglo XIX, Lastarria, Sarmiento, la llamada Generación del 42, como a Bilbao en la reivindicación política de esos plazos, como a Simón Rodríguez en el pensar de América. Como también el grupo de jóvenes de su momento que irrumpían frente a los tiempos asfixiantes de la vieja política chilena, en la Universidad de Concepción y que adquirirían la estatura mayor en la lucha contra la dictadura. Que morían, como escribió Gonzalo, “con la juventud de los héroes”.

Cómo plasmaría hoy con su virtualidad simbólica única el momento tan esperado que vivimos a la entrada histórica del ciclo político de los jóvenes.

Es que siempre coincidimos en eso, en el descontento, en la capacidad creativa de la crítica en todos los espacios, en su fecundidad. El descontento es una manera de vivir, una manera de asumir la temporalidad en la convicción de su fluidez –Heráclito de por medio–, es experimentar la travesía, sabiéndola tanto o más importante que el logro. Es entonces abandonar la velocidad, la carrera de obstáculos y detenerse allí donde realmente es necesario para poder mirar con intensidad y entonces ver, porque “lo que es, ya fue”, y es necesaria la mudanza. Es vivir en la sospecha de las verdades absolutas. Es el movimiento permanente que pregonaba Apollinaire, entre la Aventura y el Orden. Diríamos entre la aventura y el nuevo orden.

Coincidíamos, como con Hilda, tan querida, en muchas cosas: en la belleza de la oralidad, pronunciando y saboreando al hacerlo, como en un juego, las palabras de los campesinos del sur: “la antigüedad”, el “chasconeo”, “estése sosegado”, entre expresiones de Juan Rulfo que surgían en medio de ello: “Díles que tengan tantita lástima de mí.” O de Guimarães Rosa: “la vida es así: caliente y enfría, aprieta y afloja, sosiega y después desinquieta”.

Era su amor por las palabras y la capacidad de captar la vida en su juego.

Una enseñanza fundamental fue la que Rojas, con la percepción del momento única del intelectual mayor, nos transmitió en grande, la hizo proyecto de la Universidad, del país y esparció a nivel internacional. El título de su proyecto fue “América es la casa”.

Me cuesta decirles lo que sabemos todos los poetas de esta parte del mundo. América es la casa y la vamos haciendo tabla a tabla, piedra a piedra, palabra a palabra en un ejercicio de invención creciente en la forja de una genuina tradición.

Había sido el gran sino de los libertadores el siglo anterior: lucha por la independencia del continente, afirmación de nuestra pertenencia a un territorio con una historia, esclarecimiento del qué somos, y sobre todo desde dónde hablamos. Estaban ocurriendo procesos sociales únicos en el continente y en el mundo. La hebra conducía a los propósitos descolonizadores de Lastarria en contra de la colonia española, que ahora se trastocaba en el nuevo poder que pesaba sobre América Latina con el ascenso de los Estados Unidos a su carácter de potencia al fin de la Segunda Guerra Mundial. El movimiento de reconocimiento de sí mismo atravesaba en esos plazos el mar de continente a continente con los vientos alisios. Las revoluciones anticoloniales en África estaban dando cuenta, comenzando por Argelia, del reconocimiento de sociedades que, teniendo una historia propia, aspiraban a regirse por sí mismas en sus diferencias y sus riquezas. En los Estados Unidos campeaba la lucha afroamericana, que triunfaría en buena parte a pesar de la muerte de Martin Luther King. Vietnam mostraba que los pequeños pueblos son capaces de crear contra todo sacrificio, las condiciones para definir por ellos mismos su futuro. Latinoamérica comenzaba a retomar, a partir de expresiones sociales y culturales diversas, una simbología propia. Ya comenzaban a circular aires que eran nuevos y viejos, que se anclaban en antiguas voluntades independentistas con un pensamiento y nueva voluntad de redefinir la vinculación de América con las metrópolis. Eran los tiempos en que en la CEPAL, con sede en Santiago, comenzaba a hablarse de centros y periferias, como forma de desinstalar una relación desigual.

En Gonzalo cristalizaron los aires nuevos, sintió que comenzaba una diferente manera de simbolizarlos a través del arte, el ensayo. Pedro Henríquez Ureña, Exequiel Martínez Estrada, y ¡como no! Martí, estaban en la retaguardia. Entonces se lanzó a la aventura de encuentros nacionales que culminaban con un gran encuentro de escritores y pensadores sobre América Latina y su relación con el mundo. Eso era "América es la casa", una afirmación, un centro de discusión, un proceso desinstalador que hablaba desde el continente mismo, con sílabas pronunciadas desde un extremo del sur del mundo, la Universidad de Concepción. Voces fundamentales, muchas de surgimiento ingente, pero reconocidas premonitoriamente por Gonzalo, como Carlos Fuentes, por ejemplo, que traían a Concepción el pensamiento de fuera del país –recordemos que eran tiempos sin internet y nuestra vinculación con el mundo era el tren nocturno a Santiago o el teléfono de costo inalcanzable– llevarían luego las discusiones, el entusiasmo, la vanguardia del pensamiento intelectual que fue Concepción

en esa época hacia su reconocimiento en el exterior. Expandió, como solo él sabía hacerlo, el halo de la Universidad a nivel internacional. “América es la casa” iba consolidando así un fenómeno de reconocimiento cultural continental que pronto se evidenciaría en el exterior e interior del continente con el fenómeno editorial llamado “boom” narrativo, la evidencia en el exterior de que sí teníamos un imaginario, una historia, una escritura de rasgos propios y que podíamos asentarnos en nuestros propios modelos. Para el conocimiento que de nosotros se tenía afuera del continente era un paso fundamental. Me tocó participar en reuniones europeas de Academias de Ciencias a fines de los 70 y en los años 80, en que este paso aún no estaba presente. En la mirada colonial América Latina tenía una literatura aún incipiente, desconocida, y no poseía crítica. Pudimos contrarrestar esa deficiencia de conocimiento de ellos con la publicación, en Brasil, de tres volúmenes en los años 90: *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Trabajaron cien investigadores latinoamericanistas.

Es a partir de una cierta lucidez sobre lo que sería el centro de nuestros intereses que llevamos adelante nuestras investigaciones y nuestro trabajo docente en diferentes universidades del Este y el Oeste, como le gustaba decir a él. Así llegamos a la multiplicidad de registro de nuestras literaturas, incorporando el ámbito popular y el ámbito indígena como constantes. Así incorporamos a la historia literaria en los años 80 una literatura de mujeres. Así dejamos atrás la noción de mestizaje –de tono generalizante y opaco– para incorporar la pluralidad, la hibridez, la heterogeneidad de nuestras voces y señalar la necesidad de ir más allá de la superficie. Así identificamos líneas diferenciadas en nuestra pluralidad interna de áreas y la superación de la concepción geográfica. Así identificamos la cultura como eje definitorio del continente en sus mecanismos múltiples y más aún, en su eje colonial como definitivo de su evolución y su posterior colonialidad. Así integramos a Brasil y el Caribe en los vaivenes de nuestra construcción, así trabajamos en una dirección comparatista que nos permite comprender en profundidad.

Cuando Rojas recuerda este espacio de su quehacer reflexiona: “Era un proyecto poético. Los encuentros internacionales de escritores y científicos, no fueron hijos de la cátedra, sino de la obsesión de poeta; se hicieron no con un ánimo administrativo, sino temerario”.

Todo aquello tiene mucho que ver con que América es la casa. Era una sensación que había entrado por los poros y ya estaba en nuestra médula.

Recuerdo con nitidez un viaje de Concepción a Chillán para una Escuela de Temporada que organizaba Gonzalo y coincidimos en el autobús en asientos contiguos. En la conversación me preguntó: “¿Va a volver a Francia?” Yo le respondí que no sabía, dudaba porque estando allí sentía que la historia era inmóvil. Era la sensación de la vieja Europa que yo tenía en ese primer viaje. Entonces me dijo: “Tiene razón, en cambio aquí la historia corre a torrentes.”

A lo largo de los años, siempre ha estado en mi piel la sensación de esa historia a torrentes.

Hoy abrimos este Encuentro Internacional de Escritores cuando se acaba de oficializar en esta Universidad de Concepción la Cátedra Gonzalo Rojas. Quiero, finalmente, referirme a esta.

Una cátedra Gonzalo Rojas exige la amplitud mayor de los ámbitos de su pensamiento. Más allá del universo poético a que nos referimos en sus ejes significantes, está el pensamiento sobre estética, la reflexión sobre el presente en una escritura ensayística de indudables dimensiones estéticas, como quería el joven Lukács. Ahora bien, en ambos géneros, en poesía y ensayo hay constantemente una dimensión de futuro. Este se evidencia allí no como en la concepción de los futuristas que postulan su propósito en el presente técnico, maquinista, y el futuro termina siendo el presente. En el impulso de Huidobro, para Rojas pensar el futuro adquiere la dimensión del espacio galáctico, de las estrellas y los astros como enigma planetario. Pensar en la ciencia no como certeza absoluta, que es la apreciación actual, sino su relatividad, en el sentido del absoluto intervenido por Einstein. Aceptar la incertidumbre como núcleo energizante de la creación. Tener la conciencia de que se sabe, pero lo que no se sabe es más, como apunta él, acercándose a Sócrates. Pensar el futuro como espacio numinoso, estancia de dimensiones sagradas que no adivinamos del todo. Que se atisba, que no se alcanza a verbalizar, que se va tocando de a poco, hasta llegar a la médula, a ese “invisible parentesco entre las cosas” del que habla él y que el pensamiento científico actual tiende a afirmar. Los trabajos de Bruno Latour o el humanismo ambiental se aproximan hoy cada vez más a las concepciones indígenas que rechazan la consideración de lo no humano como inferior o la separación de naturaleza y sociedad. En este espacio se diseñan las nuevas realidades, las nuevas batallas de los hombres del siglo XXI, de los “guerreros del antropoceno” de que habla Omar Angel Arach. Espacios que será necesario considerar.



Son ámbitos en exploración de los que ya la escritura de Rojas había adelantado la percepción, y que anotamos aquí como la imprescindible unidad de la palabra con el espacio genésico del universo. Una vía para lograr entender este Chile de hoy, larga y angosta piedra malherida.

#### REFERENCIAS

- Angel Arach, O. (2015). Guerreros del Antropoceno. Movimientos sociales frente a la expansión destructiva. *Athenea Digital*, 15(4), 255-266. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1574>
- Diccionario Gonzalo Rojas. Del abismo al zumbido.* (2019). (Selección y montaje de Fabienne Bradu). Liberalia.